



Retrato escrito. Los grupos domésticos y el espacio en Totatiche, Jalisco, 1905-1920

Patricia Arias

Guadalajara, México: El Colegio de Jalisco, 2014.

María de la Luz Ayala

Universidad de Guadalajara

Recepción: 22 de noviembre de 2016

Aceptación: 8 de diciembre de 2016

El título de este libro hace referencia a los últimos “retratos escritos” de Totatiche y su región, los dos padrones parroquiales que se hicieron en 1905 y 1920. A partir de estos documentos, que constituyen la columna vertebral de la investigación, se reconstruyó “el ordenamiento espacial, las actividades económicas, la dinámica familiar y las vicisitudes de las vidas femeninas y masculinas en Totatiche” (p. 23), parroquia, a la vez que municipio, de la región Norte de Jalisco a principios del siglo xx.

Retrato escrito. Los grupos domésticos y el espacio en Totatiche, Jalisco, 1905-1920, fue hecho en gran medida a partir de fuentes históricas; sin embargo, en él se combinan, de manera muy afortunada, métodos cuantitativos y cualitativos, así como el trabajo histórico y el etnográfico.

La autora menciona que no es historiadora, pero sus pesquisas en los archivos de Totatiche y de Guadalajara parecen indicar lo contrario. Algunos hallazgos localizados en estos repositorios permitieron complementar e incluso ampliar el periodo de estudio. En el Archivo Parroquial de Totatiche, además de los padrones de 1905 y 1920, encontró una copia de un padrón de 1855-1856 hecha por el autor del padrón de 1920, el padre Cristóbal Magallanes (elevado a la categoría de santo) y los libros de matrimonios y defunciones registrados en la parroquia entre 1900 y 1920. En el Archivo Histórico de Jalisco localizó una carta hidrográfica de 1899 que le ayudó a hacer la reconstrucción del poblamiento de la microrregión a partir de los tres padrones antes señalados. Por su parte, los documentos de Totatiche resguardados en el Archivo Histórico del Arzobispado de Guadalajara le proporcionaron información muy valiosa para “entender la situación de la parroquia en ese tiempo”, entre

ellos el testamento e inventario de los bienes de doña Micaela García, vecina de El Bajío, un rancho de la parroquia de Totatiche, que le permitió reconstruir la “historia y la trayectoria de vida de su grupo doméstico en 1905, 1907 y 1920”.

Otra fuente invaluable utilizada en esta investigación es la colección de 261 exvotos pintados entre 1885 y 1913 por un extraordinario pintor popular, don Gerónimo de León, que vivió en Totatiche en aquella época (sobre estos retablos escritos hay un libro reciente de Patricia Arias y Jorge Durand, *La mirada de Gerónimo de León. Imágenes del campo jalisciense en el porfiriato*).

La información de los padrones fue ordenada y sistematizada en una base de datos con la que se identificó, clasificó y nombró los diversos tipos de hogares que había en la parroquia. La información de los exvotos también fue vaciada en una base de datos con la que fue posible identificar lugares y personas. Entrevistas hechas a los más viejos de la parroquia y a los familiares de doña Micaela, la autora del testamento, y de don Gerónimo de León, el pintor de retablos, complementa el amplio abanico de material histórico y etnográfico con el que la autora emprendió este estudio sobre los grupos domésticos y el espacio en Totatiche durante el porfiriato. El contraste de la información de los censos, el testamento, los exvotos y las entrevistas hechas a los más viejos de la parroquia, permitió comprobar la calidad de las fuentes parroquiales.

Cabe añadir que la contextualización de la documentación histórica que se puede consultar en los capítulos II y III, “Colotlán y el Norte de Jalisco” y “Totatiche y su microrregión”, se elaboró a partir de fuentes secundarias, en especial de los trabajos historiográficos sobre Colotlán y Totatiche, como el libro coordinado por Andrés Fábregas, *Memorias del Norte. Coloquio de Colotlán en homenaje a Manuel Caldera* (2001), y el de Robert Shadow, *Tierra, trabajo y ganado en la región Norte de Jalisco* (2002).

Algunas reflexiones en torno a Retrato escrito. Los grupos domésticos y el espacio en Totatiche, Jalisco, 1905-1920

Mis reflexiones tienen que ver con cinco características de la investigación. En primer lugar, la riqueza y amplitud de las fuentes utilizadas, propias de dos disciplinas: la antropología y la historia. Su uso combinado muestra la estrecha relación que guardan la historia y la antropología y la pertinencia de esta unión para entender las sociedades que tratan de explicar. En segundo lugar, el estudio intensivo y la sistematización del material documental, la minuciosa elaboración de cuadros, gráficas y mapas que ayudaron a la reconstrucción de la sociedad que retratan. En tercer lugar, la escala de observación, el tamaño del espacio estudiado, más bien pequeño. Coinciden los microhistoriadores en que la escala pequeña puede revelar factores

anteriormente no observados. En cuarto lugar, la inserción del estudio en el tiempo y el espacio, pero no en un espacio y tiempo estáticos, sino en un continuo proceso de cambio y movimiento, muestra una sociedad en permanente adaptación y transformación. Por último, no busca solo la regularidad basada en indicadores excesivamente simples, sino que busca expresar la complejidad de la realidad.

Retrato escrito comparte todas estas características propias de los estudios de microhistoria, como los de Luis González y Carlo Ginzburg: lazos íntimos que ligan a la historia con la antropología, una escala pequeña de observación, un estudio intensivo del material documental, así como el imperativo de mostrar sociedades complejas en permanente transformación.

La riqueza y amplitud del material utilizado, tanto histórico como etnográfico, así como la estrecha relación entre las dos disciplinas, se pueden apreciar a lo largo de todo el estudio. Las fuentes históricas, en particular los retratos escritos, permiten conocer la estructura básica de la sociedad, cuántas localidades había en cada momento, cuántas personas habitaban cada una de ellas, cuántos años tenían, cuántas personas vivían en cada grupo doméstico y qué relación guardaban entre sí, a qué se dedicaban, algunas veces mencionan la comunidad de origen de sus miembros. Con esta información se elaboraron cuadros, gráficas y una cartografía que muestra el retrato de los habitantes de Totatiche en un momento determinado. El análisis aislado y su comparación con fuentes similares, o complementarias, como las crónicas de la época, muestran la dinámica poblacional y de poblamiento, así como su distribución en el espacio. Por ejemplo, en el padrón de 1855-1856 se registraron 33 localidades y 4,680 habitantes en la parroquia de Totatiche, distribuidos en ranchos y en “espacios de vida eminentemente rural” (p. 95). El mayor poblamiento se encuentra, como en la época colonial, en el este y centro norte este de la parroquia. En 1905, las localidades se habían triplicado, sumaban 106, y la población se había duplicado (9,948), la mayoría de las localidades (92 de 106) contaban con menos de 200 habitantes, en ellas vivía el 53 % de la población. La distribución en el espacio había cambiado, se había atomizado, si bien seguía localizándose de sur a norte en la parte este y central de la parroquia. En 1920, el número de localidades sumaba 155 y la población alcanzaba los 12,397 habitantes. Salta a la vista un fenómeno, 117 localidades tenían menos de 100 habitantes (33.6 % de la población) y 30 entre 100 y 200 (34.5 %). Así, la población que vivía en estos lugares representaba casi el 70 %. Una vista rápida al mapa que contiene las localidades habitadas en 1920 permite observar la proliferación de nuevos ranchos a lo largo y ancho del territorio, aunque destaca el poblamiento en zonas antes no ocupadas como las que se ubican en la parte oeste de la parroquia, colindantes con Bolaños y Mezquitic y hacia el sur de la parroquia.

En una investigación basada únicamente en fuentes documentales cuantitativas no hubiera sido posible explicar por qué la dinámica poblacional había cambia-

do, el investigador tendría que haberse contentado con los materiales disponibles y abstenerse de reemplazar las deficiencias con aportaciones propias como lo harían los novelistas, los poetas o los dramaturgos. Sin embargo, otras fuentes, como los exvotos pintados por don Gerónimo de León y el material etnográfico, arrojaron pruebas sobre las amenazas que supusieron el hambre, las epidemias, y la inseguridad y violencia que los vecinos de Totatiche y la microrregión empezaron a sentir en la segunda década del siglo xx.

El 15 de marzo de 1911, por ejemplo, sor Nicolaza Castañeda, vecina de Tlaltenango, Zacatecas, enfermó de “tercianas”, es decir, “fríos viliosos a consecuencia de sustos que sufrí a causa de la revolución”. Un día antes, el pueblo de Tlaltenango había sido atacado por las tropas maderistas, la plaza cayó y los maderistas quemaron las oficinas de Rentas, donde habían destruido la documentación y saqueado casas comerciales y el banco (Robles, 2000: 311, p. 168). El que parece ser el último exvoto de don Gerónimo también da cuenta de la situación. Crecencia González de Salazar, vecina del pueblo de Chimaltitán, declaró:

...que el día 4 de mayo del año de 1913, como a las 11 y media de la noche, mi esposo el señor d. Manuel Salazar estando en el gobierno de policía lo invadieron por asalto y a traición, uno 4 individuos tirando balazos y puñaladas tan sin consideración, que le pegaron 3 balazos, uno en el grueso de la pierna izquierda y en la misma herida una puñalada que le pasó al otro lado y otro balazo en un hijar y otro abajo del corazón, este le clarió el brazo izquierdo y una puñalada en lo grueso de la pierna derecha, y más dos piquetes en la cabeza. Al ver yo [a] mi esposo bañado en sangre y mal herido, con veras de mi corazón se lo encomendé al señor de los Rayos, quien piadoso oyó mi clamor... (p. 169).

Los libros de defunciones, aunque es muy probable que contengan un subregistro de las muertes y sus causas, como bien nos advierte la autora, permitieron observar que los años en los que hubo más muertos en la parroquia fueron entre 1915 y 1918, en especial en 1916, el año del hambre, y 1917 el año del tifo (p. 171). El subregistro es atribuible a la violencia asociada a la revolución y a la gripe española, que en los documentos se refiere como “peste” o “el tifo y la viruela”. El sacerdote de Temastlán afirmó que en esos años “la gente se moría en los ranchos y ahí mismo los enterraban sin dar aviso alguno a Totatiche” (p. 29).

Los registros de matrimonio también muestran cambios, una disminución notable, por lo menos de uniones legales, después de 1910, quizá “a consecuencia de los desajustes y problemas de esos años”. En el periodo de 1900 a 1910 se celebró un promedio de 101 matrimonios por año, en cambio en el de 1911-1920 el número bajó a la mitad, 53 por año (véanse gráfica 6 y cuadro 39, pp. 173 y 174).

Con toda esta información la autora concluye que “los vecinos de los ranchos,

acosados por el miedo, peligros, amenazas y las asonadas de grupos rebeldes tuvieron que empezar a salir de sus espacios tradicionales y moverse por el territorio parroquial en busca de lugares donde protegerse y lo lograron en esos espacios inhóspitos, pero alejados”, como “la zona de barrancas” localizada al sur de la jurisdicción, “bien conocida por los vecinos de la parroquia, pero que resultaba inexpugnable para los extraños” (p. 188).

La información del testamento de doña Micaela García, junto con la que contienen los dos padrones, sirvió para hacer la reconstrucción de los cambios en la trayectoria de vida de su grupo doméstico en 1905, 1907 y 1920. Además, la información de los libros de matrimonios y defunciones sirvió para adentrarse en la vida privada de los grupos domésticos; en ese ámbito de lo privado se abordan cuestiones como la selección de la pareja, el matrimonio, el lugar de residencia de las nuevas parejas, la migración, la viudez y la muerte.

Concluyo señalando que los padrones de 1905 y 1920 son en efecto “los últimos retratos escritos de una sociedad que había acuñado formas de vida y mecanismos muy particulares que garantizaban la supervivencia de los grupos domésticos en sus lugares de origen; a partir de 1920 las barreras de la soledad, como decía Luis González, comenzaron a romperse y ya nada fue igual”.